

denan á perder la patria al que abandone vuestra comunión; y yo os preguntaré poco despues: ¿ Hay todavía protestantes en Suecia?

Me maravillaba ver en la misa solemne de los domingos una multitud de ministros protestantes que se disputaban los mejores asientos de la iglesia católica, mientras estaban vacios los templos de su comunión: no tardé en saber el motivo de su asistencia; era escuchar un coro, compuesto de voces escogidas entre los huérfanos. Yo oí en diversas ocasiones este coro admirable; y la primera vez, un sábado, su canto del *Salve, Regina*, que resonaba en el seno de un pueblo tan intolerante, y que hasta poco há persiguió de muerte á los católicos, me pareció una semejanza de aquellas armonías celestiales que noticiaron á los hombres los albores de su próxima redención.



~~~~~

## CAPÍTULO XXV.

Un país singular en un extremo de la Europa. — Su legislación vergonzosa. — El soberano y el pueblo. — Los grandes y los pequeños. — Su política proclamada en Europa y en América. — ¿Cuál es su civilización? — Ignorancia. — Sus producciones literarias. — Intolerancia. — Logias secretas. — Su situación favorece la propaganda de estas. — La Rusia atormentada sin cesar. — La Europa conmovida. — Una lección.

Un país existe en el canto septentrional de Europa, separado del resto de esta mas por sus leyes y por sus costumbres semibárbaras que por dificultades con que la naturaleza le haya aislado de las naciones civilizadas del viejo continente; mas por la voluntad de un soberano que convertido en déspota hace respetar como de origen divino sus extravagancias, y obedecer su voluntad á sesenta millones de individuos, sus esclavos en vez de súbditos, que por predisposición alguna que exista en el pueblo para someterse al despotismo; y mas todavía por la falta de luces convenientes en la multitud, que por la de disposición en esta cuando llega á poseer los medios de obtenerlas.

Este país existe aislado por trabas de todo género que se presentan al que pretende introducirse ó salir de él, aun cuando sea por el motivo imperioso de la propia conservación. Sus habitantes, para ausentarse temporalmente, tienen que satisfacer una ingente multa, como si se quisiese con ella castigar las luces y la experiencia que se ganan con el conocimiento de otros países. Existe aislado, porque el

roce con pueblos educados bajo diversos principios debilitaria las ideas supersticiosas y los hábitos fanáticos que prestan apoyo al despotismo del soberano; y existe aislado, porque conviene á los intereses de la corona conservarlo sumido en la ignorancia ignominiosa que le distingue del resto de las naciones europeas.

El nombre mágico de *libertad* proferido en ese país es un delito imperdonable. La obediencia ciega es el primer requisito que debe concurrir en el ciudadano; este no tiene derecho para indagar el motivo de las disposiciones cuya observancia se le intima, ni ménos para criticarlas, por mas que parezcan injustas y aun perjudiciales á la nacion. La menor señal de independenciancia, de conciencia propia, ó de ménos sumision á la voluntad soberana del que manda, es castigada del modo mas severo, pero sin que la aplicacion de leyes existentes intervenga en su castigo. Una sola es la ley, y esta cada dia se amplía ó se restringe, se dilata ó se modifica segun la voluntad del legislador, de tal modo que, segun el dicho de un magistrado: «Allí no se sabe á punto fijo, ni qué debe aprobarse, ni qué castigarse, porque la única ley es el querer del monarca (1).»

Educado este en una corte que fué despótica desde su origen, sus tendencias son las que pueden inspirar las lecciones recibidas en escuela semejante. Él principió por tiranizar las conciencias, obligando á los católicos á suscribir la apostasia, empleando para vencer su constancia torturas que dejan atras las que inventó la rabia de Neron y Diocleciano para vencer la de los discípulos de Cristo. Él arrasó un reino heróico, devastó sus campiñas, quemó sus ciudades, y destruyó un número tan crecido de ciudadanos, que «la Siberia parece trasformada en reino, miéntras que la Polonia va quedando desierta.» Él protege la ignorancia mas vergonzosa y el envilecimiento llevado hasta mas allá de lo que pudiera

(1) *La Russie en 1839.* (M. le marquis de Custine.)

pensar cualquiera, personificados en los popes ó sacerdotes de su fe, que llaman ellos *ortodoxa*, y de la que él se titula *padre y protector*; pero bajo el manto de esta proteccion, ocultando con astucia sus proyectos ambiciosos. Él prodiga preciosos ornamentos á las iglesias cismáticas de los Principados para ganarse el afecto de su clero simoníaco, y disponer por su influjo la voluntad de los pueblos á levantarse contra el sultan, su legítimo soberano; miéntras que invade á mano armada las provincias del Danubio, para proteger, como él dice, á los cristianos, como si no lo fuesen los que persiguió en Polonia, en Lituania y en todas las provincias de la Rusia, ni creyesen en Cristo los millares que ha hecho ó perecer en los tormentos, ó gemir bajo el hielo de las minas de la Siberia. Sin palabra y sin honor se propone engañar á los gabinetes de Europa, que no tardan en apercibirse de sus embustes, ni en castigarlos con justa indignacion. Preguntad á este soberano cuáles son los derechos del pueblo que gobierna, y os responderá que «no tiene otros mas que servir y obedecer las órdenes de su rey.» Preguntadle si es libre la conciencia del individuo para conservar ó no sus creencias, y os dirá que «el pueblo no debe tener mas religion que la del Estado, ni otra creencia que la de su señor.» Aquel país tan desgraciado es la *Rusia*, y este soberano despótico es su *emperador*.

Los ultraliberales de nuestro siglo que así en Europa como en América, fascinando á los pueblos con bellos programas, arribaron al fin al poder que ambicionaban, han producido en sus actos tan arbitrarios y tan ilegales la copia fiel de lo que pasa en Rusia entre el monarca y sus vasallos, entre el pueblo y su soberano. La República francesa, persiguiendo con el puñal á sus propios ciudadanos y ofreciendo al mundo horrorizado el espectáculo de mil víctimas sacrificadas en odio á la libertad, á las garantías y á los derechos individuales; los revolucionarios de Róma, organizando hordas de bandidos que llevan á todas partes el terror, quitando la vida

á hombres inocentes y despojando de la propiedad, sin mas ley que la del puñal y sin otra fórmula que *yo lo quiero*; los radicales de la Suiza, metiendo en los calabozos á quienes defienden como sagrado su derecho de libre sufragio, y supliendo en las mesas electorales con la punta de las bayonetas lo que les falta de popularidad; los progresistas del Piamonte poniendo trabas á la voluntad individual, derecho el mas augusto é imprescriptible que conoce el hombre; y en fin los socialistas de la Nueva Granada y Venezuela apropiándose las rentas arrebatadas al culto que durante tres siglos fué el único que tuvo existencia legal en la nacion, desterrando á los obispos y á los ciudadanos mas dignos, secuestrando en provecho propio sus propiedades, y llevando á las sillas de la alta magistratura y de la representacion nacional la ignorancia y las novedades mas repugnantes: todos ellos en el Viejo y en el Nuevo Mundo representan las escenas que pasan en el gobierno y en el pueblo de la Rusia. Lógicamente hablando, la revolucion que proclaman hoy en Europa y América sus modernos reformadores, no es mas que la política del zar que pretenden introducir, y esto á precio de las verdaderas libertades de los pueblos; así lo manifiestan los hechos mejor que las palabras.

« Como es el príncipe, así son tambien los habitantes: » los Rusos, considerados en general, ofrecen el espectáculo de un malestar material y moral que aflige verdaderamente, cuando se considera que á sesenta millones de individuos cabe la triste condicion de la esclavitud en el seno de la civilizacion, y á las puertas mismas de los pueblos que con mas nobleza y con mas abnegacion han sostenido los derechos del hombre contra las pretensiones de los tiranos, legando al mundo el ejemplo mas bello de amor patrio hasta el heroísmo. En las grandes ciudades se percibe algun género de civilizacion, pero no es esta mas que un barniz: la nobleza es la única que lo posee, y sin que se extienda hasta la clase média, ni ménos hasta la ínfima del pueblo. Saliendo

de la capital y de una que otra de las ciudades populosas, la situacion de los grandes así como la de los pequeños, la de los ricos como la de los pobres, en punto de civilizacion es una misma. Preguntad al noble que habita los viejos castillos de Thernigor ó las márgenes del Volga, qué entiende por civilizacion, cuáles son sus relaciones con los pobres paisanos que cultivan sus tierras, y cuáles los principios que reglan su conducta para con ellos. Él os responderá que su civilizacion son sus riquezas, que ó esconde miserablemente, ó consume en placeres groseros; y sus relaciones con sus feudatarios no otras que el derecho que considera tener para hostilizarlos á su placer, sin mas regla que sus perversos caprichos. Preguntad al plebeyo cuál es su civilizacion, por qué sufre el intolerable yugo de sus señores, cuáles son los consuelos que alguna vez puede proporcionarse en esa vida abyecta que soporta: os dirá que no conoce otra que el trabajo duro que le da el sustento escaso y miserable con que en Rusia entretienen la vida los de su clase; que sufre la mano de hierro de su señor, porque carece de medios para obligarle á levantarla y de coraje suficiente para hacerse justicia; os dirá que sufre, porque la autoridad está dispuesta siempre para proteger á los superiores contra sus inferiores y á los amos contra sus esclavos; os dirá, en fin, con su lenguaje tímido, que está envilecido, porque su alma desconoce la dignidad que da al hombre el conocimiento de sus derechos: envilecido, porque vive en ignorancia absoluta de sus obligaciones tanto morales como civiles; y envilecido, porque su única creencia es la que le enseña la religion material en que vive, y el fanatismo que le inspira.

Nada extraño debe parecernos que á una situacion tan monstruosa sigan vicios los mas degradantes á la condicion humana, aquellos que manifiestan mejor el estado de atraso intelectual en los individuos de algun país. En efecto, bien se dejan conocer en Rusia á primera vista, y por cierto no

tan solo en el pueblo bajo. Sin educacion conveniente, la generalidad es ignorante, hasta tal punto que los principios esencialmente necesarios al hombre espiritual le son desconocidos. En ciertos países de Europa que viven separados del catolicismo, hemos notado que la mayoría de la clase baja vive extrajera á todo conocimiento religioso; pero en Rusia esta situacion es aun mas degradante que la de aquellos, porque á la falta de instruccion se agrega un fanatismo insoportable. Dicen que son cristianos, pero no saben cuál sea el significado de este nombre augusto: han oído que existió un *Kristos*; pero para ellos vale tanto como Mahoma, pues no conocen ni su mision ni sus virtudes: su fe consiste en la mera palabra de cristianos, y su símbolo en mil ceremonias exteriores y supersticiosas. Estos hombres miran como sus enemigos á los que difieren de su religion; y dirigidos por pastores poco ménos ignorantes que ellos, están siempre dispuestos á cometer crímenes que estiman como virtudes, por dirigirse contra personas que pertenecen á distinta fe. — Así es como se explica en gran parte esa ejecucion prolija y esmerada que ha secundado en todas las provincias del imperio á los edictos crueles del emperador Nicolas contra los católicos, y en la que se ven mezclados los popes con los seglares para realizar las medidas mas inhumanas, mas injustas y á veces tambien mas inmorales. Un decreto de la naturaleza de los *ukases* que figuran en la supresion y destierro de los Dominicos de Wilna, en la persecucion de los católicos de la Iglesia griega unida de las provincias Ruthenas, en la devastacion de los establecimientos católicos de Polonia y Lituania, habria provocado justamente un grito de execracion y de horror de parte de otros agentes que no fuesen Rusos, hubiera arrancado al ménos una súplica al soberano de ejecutores que fuesen mas ilustrados que los súbditos del autócrata. Mas nada de todo esto sucedió; y su ejecucion en nuestra época y en medio de la Europa es un feo borron para la civilizacion del siglo diez y nueve, y un

baldon eterno que prueba bien el oscurantismo en que viven sumidos los pueblos de la Rusia.

Aunque hemos dicho que en las ciudades principales del imperio existe algun género de ilustracion en la clase superior del pueblo, fácil es conocer cuán débil sea el número de los que la poseen, cuando la actualidad de la literatura rusa, el número y el nombre de sus escritores y el mérito literario de sus producciones nos es casi desconocido. Dos libros salidos de su prensa he tenido recientemente entre mis manos, traducidos al frances por dos nobles súbditos del zar: ambos pertenecen al género teológico; y es tanta la ignorancia que manifiestan de la historia como su falta de lógica en la argumentacion que emplean, « para llamar, como ellos dicen, á buen sendero á las iglesias extraviadas del Occidente. » La Francia, la España, la Italia, la Alemania prestan cada dia servicios numerosos á la ilustracion, á la civilizacion y á la humanidad en general; la América misma (á pesar de su juventud) exhibe un largo catálogo de honrosos servicios de esta naturaleza, pero ninguno, « ni el mas lijero, presenta la Rusia, ocupada en oprimir todo pensamiento noble, en sofocar todo sentimiento generoso, y en apagar cualquiera especie de luz destinada á brillar en su hemisferio. » Los que, deslumbrados por los pomposos decretos del gobierno ruso relativos á la institucion de universidades, de colegios y de escuelas, han creído ver realizados los vastos planes de educacion que en ellos se formulan, juzgaron lógicamente que el emperador moscovita es uno de los que mas han hecho por derramar entre sus vasallos los beneficios de la civilizacion; pero sin embargo la realidad falsifica completamente su juicio. El contenido de aquellos decretos jamas se llevó á cabo, ni tuvieron mas objeto que el que expresaba la emperatriz Catalina II escribiendo á un favorito suyo: « Mis súbditos rusos no desean instruirse; y si he mandado establecer escuelas, no ha sido tanto por nosotros cuanto por respeto á la Europa

toda que nos observa, y para sostener nuestra opinion en el concepto de los extranjeros que nos visitan. Estoy cierta que cuando el pueblo ruso principie á instruirse, ni yo seré mas emperatriz, ni vos gobernador (1). »

¡Qué extrañas parecen al lado de un estado de cosas semejante las bellas utopias de aquellos que van á estudiar al seno de la Rusia, el Estado modelo cuya política querrian ver extendida por todas las naciones europeas! Yo creo que un sistema semejante es tan opuesto á los principios eternos de la justicia como el que hasta hoy haya desconocido mas los derechos imprescriptibles de los hombres, y tan contrario á la moral del Evangelio como pueden serlo los que ni conocen ni respetan la divinidad de este libro celestial. Todo sistema de gobierno que no esté basado en la justicia, ni es cristiano, ni puede ser aceptable, y no lo está ciertamente el que establece de hecho la voluntad del soberano como ley suprema, y la obediencia *en todo caso* como legítima deuda que los pueblos deben al poder, por mucho que les oprima su tiránica arbitrariedad. Yo creo asimismo que una política de tal naturaleza acarrea al género humano tantos males como le acarrearían los excesos que predica el socialismo cada vez que llegasen á realizarse.

Su política restrictiva y las trabas de todo género que opone la Rusia á la introduccion de libros extranjeros no bastaron sin embargo para impedir la organizacion de logias secretas en San Petersburgo, Moscou y en Kiew. Segun datos positivos publicados en Francia y Alemania, son aquellas numerosas, y cuentan en su seno gran número de personas influyentes en el Estado; mas bien se guardan estos de hacerse distinguir por su desapego á las costumbres nacionales y su desprecio á la religion ortodoxa, como sucede á sus correligionarios de otras naciones: el mas ligero indicio basta-

(1) *La Russie devant l'Europe.* (Léouzon-Leduc.)

ria para comprometerlos fuertemente, haciéndoles *el blanco* de los resentimientos de un soberano que castiga hasta el pensamiento de conspiracion contra su política. Pero debe decirse francamente que el régimen actual de la Rusia y de cualquier otro gobierno que adopte su política, es el mas aparente para la rápida propagacion de aquellas sociedades, porque él produce el descontento en los que quisieran verse gobernados por una política mas franca, y halaga á los que por vivir en la ignorancia no tienen la cordura suficiente para penetrar la mentira que constituye la base de tales sociedades. Al mismo sistema opresor del zar debe atribuirse pues principalmente la propagacion de las logias masónicas en las mas populosas ciudades de su imperio.

Pero la Rusia, cargada de delitos que atormentan sin cesar su conciencia; la Rusia, cismática y perseguidora de un culto que fué ántes el suyo; la Rusia, que ha sepultado en las nieves de la Siberia ciento y cincuenta mil Polacos en el corto espacio de diez años (1); la Rusia, sin palabra y sin crédito delante del mundo civilizado, que mira con horror sus manejos ambiciosos, lleva todavía en su política otro elemento de ruina. Lo lleva en su poder público basado sobre la opresion, en la mala inteligencia que existe entre el gobierno y los pueblos oprimidos, en la condicion misma de las masas ignorantes y viciosas, en su extension inmensa de territorio, en las violentas exacciones de los altos funcionarios, y en fin en el mismo poder absoluto de su soberano. Bien podrá alimentarse con las ilusiones de su grandeza colosal, desafiar las tormentas mas bravas y provocarlas aun con actos repugnantes á los principios de justicia; pero recibirá al fin el castigo que merece. La opresion puede pesar largo tiempo, es verdad, y el engaño fascinar tambien durante muchos años; pero la justicia es eterna, y triunfa de uno y otro. Los acontecimientos que vemos sucederse rá-

(1) Desde 1825 hasta 1835.

pidamente parecen indicar que el tiempo en que debe operarse un movimiento trascendental para la Rusia es llegado ya. El plan gigantesco de fundar un imperio universal viene á fracasar en los obstáculos que oponen á su desarrollo los esfuerzos generosos de los gobiernos mas ilustrados de la Europa.

Todas las naciones se conmueven en este momento solemne en que aparece empeñada una lucha sangrienta entre la civilizacion y la barbarie, entre la justicia y la arbitrariedad. La Francia, la Inglaterra y el Austria se lanzan desde el Occidente al Oriente de la Europa para contener la nueva irrupcion de Bárbaros que se precipita sobre el Danubio, llevando consigo el terror y la desolacion. Cuál será el desenlace de una situacion semejante, no es fácil preverlo; pero mientras tanto los montones de cadáveres que se divisan en los bordes del Danubio y en las playas del mar Negro, los rios de sangre que riegan los Principados y la costa de Asia, la ruina de millares de familias causada por la guerra, y la excitacion que agita á la Europa toda, colocada sobre el cráter, forman un terrible proceso contra el hombre origen único de tantos males.

Pero el juicio que debia prevenir al castigo de la Rusia no podia ser de otra manera. Los soberanos que abusan de su poder para oprimir á los pueblos, para hacer servir á su autoridad de azote contra el género humano, están destinados regularmente á servir de leccion saludable á los demas. Si el golpe que la Rusia se ha preparado humilla su orgullosa cerviz, ¡quiera Dios aprovechen los soberanos de la Europa este ejemplo, en el que habla aquella voz que impera sobre los tronos, y dice á los soberanos de la tierra: « Ahora, reyes, entended; aprended, los que juzgais la tierra (1). »

(1) *Libros de los Salmos*, cap. II.